

las pasiones de la guerra, creía vengar la religión ultrajada. Trescientos hombres refugiados en la plataforma de la mezquita de Omar fueron inmolados el día siguiente de la conquista, á pesar de los ruegos de Tancredo que les había enviado su estandarte para su salvaguardia, y que se indignó porque se respetaban tan poco las leyes del honor y de la guerra. Solamente los musulmanes que se habían retirado en la fortaleza de David, se salvaron de la muerte. Raimundo aceptó su capitulación; y tuvo la dicha y la gloria de hacerla ejecutar, y este acto de humanidad pareció muy extraño á los ojos de la mayor parte de los cruzados.

La matanza no cesó hasta al cabo de una semana. Los musulmanes que durante este intervalo habían podido sustraerse á la persecución de los cristianos, fueron destinados á servir en el ejército. Los historiadores orientales, de acuerdo con los latinos, elevan el número de los muertos en Jerusalén á más de setenta mil. Los judíos no fueron más afortunados que los musulmanes, pues se prendió fuego á la sinagoga, en donde se habían refugiado, y todos perecieron víctimas de las llamas.

Como los cadáveres amontonados en las plazas públicas, y la sangre que había en las calles y en las mezquitas, podían ser causa de enfermedades contagiosas, los jefes dieron orden para limpiar la ciudad y apartar de ella un espectáculo que debía ser odioso á los cruzados á medida que el furor y la venganza se calmaba en sus corazones. Algunos prisioneros musulmanes que no habían escapado de la cuchilla enemiga sino para caer en la más cruel servidumbre, fueron encargados de enterrar los mutilados cadáveres de sus hermanos y de sus amigos. Ellos lloraban, dice el fraile Roberto, y transportaban los cadáveres fuera de Jerusalén, ayudándoles en esta dolorosa comisión los soldados de Raimundo, que habían entrado últimamente en la Ciudad; y como habían tenido poca parte en el botín, buscaban todavía entre los muertos algunos despojos del enemigo.

Bien pronto la Ciudad de Jerusalén presentó una nueva faz. En el espacio de algunos días había cambiado de habitantes, de leyes y de religión. Antes de dar el último asalto, se había convenido, siguiendo la costumbre de los cruzados en sus conquistas, que cada guerrero se haría dueño y poseedor de la casa ó del edificio en donde entrare primeramente. Una cruz, un escudo ó cualquier señal fijada en la puerta, era para cada uno de los vencedores el título de posesión. El derecho de propiedad fué respetado por los soldados, ávidos del saqueo, y vióse repentinamente reinar el mejor orden en una Ciudad que acababa de ser teatro de todos los horrores de la guerra. Una parte de los tesoros

quitados á los infieles, fueron empleados en socorrer á los pobres y huérfanos y en restaurar los altares de Jesucristo que acababan de encontrarse en la Santa Ciudad. Las lámparas, los candelabros de plata y oro, los ricos ornamentos que se encontraron en la mezquita de Omar, se adjudicaron á Tancredo. Una crónica dice que estos suntuosos despojos hubieran necesitado seis carros para su transporte y que fueron precisos dos días para retirarlos de la mezquita. Tancredo dividió estas inmensas riquezas con el duque de Bouillon, que había escogido por su señor.

Pero los cruzados pronto olvidaron estos tesoros prometidos á su valor para admirar la conquista más preciosa á sus ojos, y esta era la verdadera cruz tomada por Cosroes y devuelta á Jerusalén por Heraclio. Los cristianos encerrados en la Ciudad, durante el sitio, la habían ocultado á la rapacidad de los musulmanes. El aspecto de aquella excitó el más vivo transporte entre los peregrinos. «De este acontecimiento, dice una antigua crónica, estuvieron los cristianos tan contentos como si hubiesen visto el cuerpo de Jesucristo pendiente de la Cruz». Pasóse la mencionada cruz en triunfo por las calles de Jerusalén, y fué colocada después nuevamente en la iglesia de la Resurrección.

Diez días después de la victoria, los cruzados se ocuparon de levantar el trono de David y de Salomón, colocando en él á un jefe que pudiese conservar una conquista que los cristianos acababan de llevar á cabo, á precio de tanta sangre. Estaba reunido el consejo de los príncipes, y uno de los jefes se levantó (la historia nombra al conde de Flandes), y les habló en estos términos: «Hermanos y compañeros míos, estamos reunidos para tratar un negocio de la más alta importancia. Jamás tuvimos más necesidad de los consejos de la sabiduría y de las inspiraciones del cielo. En los tiempos ordinarios, siempre se desea que la autoridad esté en manos hábiles, pero en las circunstancias actuales debemos elegir el más digno, para gobernar este reino que está, en gran parte, en poder de los bárbaros. Ya sabemos que los egipcios amenazan esta Ciudad á la que vamos á dotar de gobierno; y que la mayor parte de los guerreros cristianos que han tomado las armas, están impacientes para regresar á su patria, abandonando á otros el cuidado de defender sus conquistas. El nuevo pueblo que debe habitar este terreno, no tendrá en su vecindad pueblos cristianos que puedan socorrerle y consolarle en sus desgracias. Sus enemigos están cerca de él, y sus aliados, al contrario, están más allá de los mares; y el rey que nosotros le habremos dado, será su sólo apoyo en medio de los peligros que le rodean. Es, pues, preciso que el que sea llamado á gobernar este país, esté dotado de todas las

circunstancias y cualidades necesarias para conservarlo con gloria; es preciso que una al valor natural de los francos la templanza, la fe y la humanidad; porque nos enseña la historia que es en balde haber triunfado con las armas, si no se confía el fruto de la victoria á la sabiduría y á la virtud.

»No olvidemos, sobre todo, hermanos y compañeros míos, que se trata menos, hoy día, de dar un rey, que un fiel guardián al reino de Jerusalén. Aquel que nosotros escogeremos por jefe, debe servir de padre á todos aquellos que renunciarán á su patria y á su familia, para servir á Jesucristo y defender los Santos Lugares; debiendo hacer florecer la virtud sobre esta tierra en donde Dios mismo ha dado el ejemplo, y debe convertir al mismo tiempo á los infieles á la religión cristiana, acostumbrándoles á nuestros hábitos, y hacer que bendigan nuestras leyes. Si por desgracia elegís al que no sea digno, destruiréis vosotros mismos vuestra propia obra y seréis la ruina del nombre cristiano en este país. No tengo necesidad de recordaros las hazañas y los trabajos con los cuales nos hemos apoderado de este territorio, ni tampoco haceros mención de los votos más tiernos de nuestros hermanos que se han quedado en Occidente. ¡Qué disgusto sería para ellos y para nosotros si al regresar á Europa oíamos decir que el bien público se ha descuidado y que la religión se ha abolido en estos lugares, en los cuales hemos levantado nuevamente los altares! Entonces muchos atribuirán á la fortuna, y no á nuestra virtud, los grandes hechos que hemos llevado á cabo, mientras que los males que experimentaría este reino, creería la opinión pública que son el fruto de nuestra imprudencia.

»No creáis, sin embargo, hermanos y compañeros míos, que yo hablo así, porque ambicione el poder y desee captarme vuestro favor y vuestros votos. No, lejos de mí la presunción de aspirar á tal honor, y pongo al cielo y á los hombres por testigos que si llegareis á ofrecerme la corona, yo no la aceptaría, porque estoy firmemente resuelto á regresar á mis Estados. Lo que yo acabo de deciros, no tiene otras miras que hacer la felicidad y la gloria de todos. Yo os suplico, finalmente, que recibáis este consejo como yo os le doy, esto es: con afecto, con franqueza y lealtad, y que elijáis por rey al que por su virtud será el más capaz de conservar y extender un reino del cual están pendientes el honor de vuestros hermanos y la causa de Jesucristo».

Apenas el conde de Flandes hubo finalizado su discurso, todos los jefes hicieron grandes elogios de los sentimientos y prudencia del orador. La mayor parte de ellos pensaron ofrecerle el título de rey, que acaba de re-

chazar; porque el que en estas circunstancias rehusa una corona, parece ser el más digno de ella. Pero Roberto se expresó con franqueza y buena fe, y suspiraba el momento de regresar á Europa contentándose con el título de Hijo de San Jorge, que había obtenido por sus heroicos hechos en la guerra Santa.

Entre los jefes dignos de ser llamados á ocupar el trono de Jerusalén, ocupaban un lugar preferente Godofredo, Raimundo, el duque de Normandía y Tancredo. Este último sólo buscaba la gloria de las armas, y tenía en menos el título de rey que el de caballero. Roberto de Normandía había demostrado más valor que ambición, y después de haber despreciado la corona de Inglaterra, debía serle indiferente la de Jerusalén. Según un historiador inglés, él hubiera podido obtener los sufragios de sus compañeros, pero rehusó el trono de David por indolencia y por pereza, lo que hizo que Dios se irritase contra él, añade, y que en nada prosperase en el resto de su vida. El conde de Tolosa había hecho juramento de no regresar á Europa; pero todos temían su ambición y su fiero carácter, circunstancias que hicieron que jamás en el ejército obtuviese la confianza y el amor de los peregrinos, ni aun de sus criados, y á esto es debido sin duda, que algunos historiadores tengan por sospechosos testimonios á Raimundo de Agiles y Ana Comueno; quienes refieren que la corona fué ofrecida al conde de Tolosa y que éste la rehusó decididamente.

Permaneciendo indecisa la opinión, decidióse que el rey sería nombrado por un consejo compuesto de diez personas de las más célebres entre el clero y el ejército. Ordenóse que se hiciesen rogativas, limosnas y ayunos para que el cielo se dignase presidir el nombramiento que se iba á hacer. Los que fueron nombrados para elegir al rey de Jerusalén, juraron en presencia del ejército cristiano no escuchar ningún interés, ninguna afección particular y coronar tan sólo la sabiduría y la virtud.

Estos electores, cuyos nombres no nos ha conservado la historia, pusieron el mayor cuidado en estudiar la opinión del ejército con respecto á cada uno de sus jefes. Guillermo de Viro cuenta que fueron á interrogar hasta los familiares y criados de todos los que tenían pretensiones á la corona de Jerusalén, y les hicieron prestar juramento; á decir verdad, sobre las costumbres, carácter é inclinaciones de sus amos. Los criados de Godofredo de Bouillón, dieron la declaración más brillante de las virtudes domésticas de su amo, y en medio de la sencillez sólo le echaron en cara un defecto, y era el de contemplar con una vana curiosidad las imágenes y las pinturas de las iglesias y de permanecer en éstas mucho tiempo después

de los divinos oficios, lo que hacía que á menudo se olvidaba de la hora de comer, y los manjares preparados para su mesa se enfriaban y perdían su sabor.

Para añadir á este testimonio más valor, se hacía mención de las hazañas del duque de Lorena en la guerra santa. Todos se acordaban que durante el sitio de Nicea había muerto el turco más formidable; que sobre el puente de Antioquía había partido á un gigante, y que en el Asia Menor expuso su vida para salvar la de un soldado perseguido por un oso. Se contaban también otras hazañas que le colocaban entre los demás jefes.

Los sufragios del pueblo y del ejército estaban á favor de Godofredo, y para que nada faltase á su derecho al mando supremo, y para que su elevación fuese de todo punto conforme al espíritu de la época, se supo que habían anunciado su elección revelaciones milagrosas. El duque de Lorena había aparecido en sueños á varias personas dignas de fe; á la primera, sentado sobre el mismo trono del sol, rodeado de aves del cielo, imagen de los peregrinos; á la segunda, teniendo en la mano una lámpara parecida á una estrella de la noche y subiendo por una escalera de oro á la celeste Jerusalén, y la tercera había visto sobre el monte Sinaí, el héroe cristiano saludado por dos mensajeros divinos, y recibiendo la misión de conducir y gobernar al pueblo de Dios.

Los cronistas contemporáneos hacen relación de otras maravillas, y encuentran en las mismas visiones los designios de la Providencia. Uno de ellos comenta gravemente estos sueños proféticos, declarando que la elección de rey de Jerusalén, decretada tiempo hacía en el consejo de Dios, no podía considerarse como obra de los hombres.

Estando los espíritus en esta disposición, esperaban los cruzados con impaciencia los efectos de la inspiración divina. En fin, los electores, después de haber deliberado ampliamente y tomado las informaciones necesarias, proclamaron el nombre de Godofredo. Este nombramiento causó la mayor alegría en todo el ejército cristiano; el que dió gracias al cielo por haberle dado por jefe y señor aquel que tantas veces les había conducido á la victoria. Revestido Godofredo con la autoridad suprema, se encontraba el depositario de los intereses más caros á los cruzados. Cada uno le había confiado en cierto modo su propia gloria, dejándole el cuidado de vigilar sobre las nuevas conquistas de los cristianos. Condujéronle, pues, en triunfo á la iglesia del Santo Sepulcro, en donde prestó el juramento de respetar las leyes del honor y de la justicia. Godofredo rehusó la corona y los regios atributos, diciendo que él jamás aceptaría la corona de oro en donde el Rey de reyes,

Jesucristo, el Hijo de Dios, llevó corona de espinas el día de su pasión. Contentóse con el modesto título de *Defensor del Santo Sepulcro*. Algunos han creído que obrando de esta suerte no hacía más que obedecer las imitaciones del clero que temía ver el orgullo sentado sobre un trono, en el que debía reinar el espíritu de Jesucristo. Sea de esto lo que fuere, Godofredo mereció por sus virtudes el título de rey que la historia le ha dado.

Mientras que los príncipes confiaban al duque de Bouillón el gobierno del país conquistado con la fuerza de las armas, el clero se ocupaba en consagrar las iglesias, nombrar obispos y enviar pastores á todas las ciudades sometidas á la dominación de los cristianos.

Godofredo de Bouillón aseguró su autoridad con una brillante victoria que alcanzó cerca de Ascalón, sobre un ejército musulmán que fué enviado por el califa de Egipto al socorro de Jerusalén.

El reino de Jerusalén fué erigido en monarquía hereditaria y feudal, y el país dividido en colonias ó grandes feudos de la corona, y de ellas una estaba reservada al rey; los prelados y barones formaban el primer orden del Estado, sus vasallos el segundo y los vasallos de éstos el tercero; las ciudades obtuvieron franquicias comunales, y se concedieron grandes privilegios á los genoveses, pisanos y venecianos, que fueron los principales sostenedores de estas nuevas conquistas.

El reino de Jerusalén halló además un poderoso auxiliar en las órdenes militares que por entonces se crearon.

La caballería, que en el siglo XI constituía una orden distinta en la sociedad, debió su origen y desarrollo á las costumbres antiguas de los pueblos germánicos. Se reducía al acto solemne por el que « el jóven libre se revestía con sus armas » en medio de la asamblea general de su tribu; también á la costumbre que tenían los principales miembros del partido guerrero, de acompañar á caballo á su jefe, y al derecho que la nobleza feudal conservó más tarde para hacer el servicio militar á caballo, de donde recibió el nombre de caballería; por último, á los juegos ó ejercicios militares á que se entregaban los jóvenes nobles en tiempo de paz, y que dieron lugar más tarde á la organización de los torneos. Sólo los caballeros eran admitidos á esta clase de ejercicios. Para tomar parte en la orden de la caballería era necesario pertenecer á una familia noble y haber recibido una educación especial en el palacio del soberano ó de otro caballero. Esta educación comenzaba por el joven noble á la edad de siete años y comprendía los ejercicios corporales, y por los servicios que había de dar al Señor, por medio de los cuales debía pre-